

que los arabistas no habían comprendido hasta ahora. Pero, en fin, yo no digo una palabra más; el que quiera saberlo todo, que lea el trabajo y verá que el asunto tiene más miga de lo que parece.

Largamente se habló y discutió sobre el inesperado tesoro de Alhamar, y la concurrencia unánimemente se pronunció en contra del doctor Medialuna.

—Si eso fuera verdad—decía Miranda,—lo único que sacaríamos en limpio sería quedarnos sin la Alhambra, porque la destruirían para descubrir el tesoro; y si llegaran á descubrirlo, el dinero se nos volvería sal y agua, como todo lo que cae en nuestras manos. Más vale que, aunque seamos pobres, tengamos siquiera un sitio donde tomar el fresco y olvidar nuestra pobreza oyendo cantar á los ruseñores.

Pío Cid no dijo nada en toda la tarde; pero, sin duda, en su espíritu comenzó á germinar una idea que más tarde salió á luz.

Sus únicas palabras fueron para recordar la promesa que nuestros amigos nos habían hecho de leer cosas de su invención, que seguramente serían más agradables que la exhumación del papelote arábigo; pero era tan escasa la claridad que quedaba, que ya no se veía leer y hubo que dejarlo para otro día.

Moro, el poeta, dijo á Pío Cid que, puesto que tanto le interesaban las letras, sería también cultivador de ellas, y que si era así se le

obligaba á escribir algo para una Revista proyectada por los amigos que allí estaban.

Pío Cid contestó que no era literato de cartel; pero que en caso de apuro, y por dar gusto á sus amigos, era capaz de escribir lo que se le pidiera.

—Puesto que en esta notable asamblea—añadió—hay poetas y novelistas, pintores y arqueólogos que tan brillantemente llenan su cometido, creo que lo único que yo puedo dar que ustedes no tengan, es algo de mi experiencia, obra no de mi capacidad, sino de los azares de mi vida. Me parece que lo único que aquí falta es fuerza; sobran buenos deseos y bellos propósitos, pero la pereza lo echa todo á perder. Cuando yo oí hablar de la Revista esa de ustedes me imaginé que sería una publicación regular, consagrada á mantener siempre vivo el fuego sagrado; y ahora resulta que están ustedes preparando desde hace siete años el primer número y que no es aún seguro que aparezca después que pasen otros siete. Ustedes se ríen del tiempo, y esta risa es muy peligrosa, porque hay en el mundo quien trabaja y puede humillarnos. Quizás sería lo mejor dejar rodar la bola, si todos lo hicieran así; pero esto no es posible, y antes que venga quien nos obligue á andar contra nuestro gusto, más vale que nosotros andemos por nuestra voluntad. Yo conozco un remedio infalible para curar la pereza intelectual, y les ofrezco á ustedes dárselo á conocer

33422

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

en un artículo breve, que más que artículo será receta de médico ó una combinación de aforismos útiles para reconstituir el carácter humano.

—¡Aceptado!—gritamos todos á una, y comenzamos á dejar nuestros asientos.

Á poco emprendimos la retirada, pues la mayor parte de los allí reunidos tenían que ir al carmen de los Monteros, donde había organizado para aquella noche un baile popular. Pío Cid, Raudo y yo nos separamos de la reunión y nos fuimos un rato al café. Pío Cid nos dejó pronto, porque quería acostarse temprano para estar levantado cuando llegara á buscarle el tío Rentero.

Gran obscuridad reina en todo lo tocante al viaje de Pío Cid á Aldamar. Su primer propósito era detenerse en varios pueblos del distrito; pero después que supo que la clave de la elección estaba en su pueblo, determinó hacer directamente el viaje en dos jornadas, quedándose á dormir la noche intermedia en La Rabiola. Como Pío Cid era hombre que no dejaba las cosas para mañana, se cree que fué preocupado todo el camino, componiendo mentalmente la receta que prometió á sus amigos, sin dignarse contemplar los bellos y variados paisajes que le iba ofreciendo la pródiga Naturaleza. A eso de mediodía dicen que se detuvo á merendar á lo campestre, á la sombra de unos álamos blancos que estaban en el borde de la carretera, y que entonces,

viendo á su espalda unos hermosos trigos tan altos, espesos y espigados, que parecía que la Providencia había derramado en ellos todas sus bendiciones, no pudo menos de decir:

—¡Buen año este para los labradores, tío Rentero! Mire usted esas espigas grandes como mazorcas, que casi no pueden tenerse en pie. ¡Valientes trigos!

—Granaejos están, granaejos—respondió el tío Rentero, con su tonillo alpujarreño, que se acentuaba más conforme el vejete se iba alejando de Granada.

Aparte estas palabras, se cree que Pío Cid en la primera jornada no despegó los labios, y dejó desahogarse á su gusto á su compañero de viaje, el cual habló por los dos y un poco más, sacando á relucir todo lo que sabía de las personas de viso de la capital y de la provincia, y de quien más habló y con mayor elogio, fué de la madre de Pío Cid, de la que dijo un centenar de veces que era la señora más señora que se había echado á la cara, y que era una lástima que una mujer de tanto mérito no hubiera nacido reina ó emperatriz. Pío Cid le escuchaba con paciencia y atención, y así, el uno charlando y el otro callando, y los dos caminando al buen andar de los mulos, llegaron al obscurecer á La Rabiola, donde se alojaron en una posada sin darse á conocer, puesto que el alcalde de este pueblo era de los que habían ofrecido al Gobernador la votación íntegra, y Pío Cid no tenía gana

de gastar saliva en balde. Al rayar el día el tío Rentero aparejó los mulos en un dos por tres, pues como había estado dedicado algún tiempo á la arriería, era un lince, como decía él mismo, para andar entre bestias. Salieron del pueblo sin que nadie los viera, á excepción de un muchacho que estaba recogiendo estiércol y que debía conocer al tío Rentero, porque al verle pasar le dijo:

—Güen viaje, tío Frasco; ¿va osté á Aldamar?

—Adiós, Cascabancas—contestó el tío Rentero;—pa allá vamos. ¿A cómo te pagan el estiércol?

—A tres riales la carga—contestó el basurero.

—¿De las grandes?—insistió el tío Rentero.

—Grandes, que ca una paece un menumento. Como que son pa el sacristán de D. Esioro—contestó el zagalón.

Y luego, alzando la voz porque los viajeros se alejaban, gritó:

—Pa allá va tamién D. Crispulo; á ese paso presto le alantarán.

—¿Quién es ese D. Crispulo?—preguntó Pío Cid al tío Rentero.

—Es el cura de este pueblo, que estaba antes en Seronete; un alma de Dios, pero con una lengua peor que una jacha. Verdá que al probe lo tienen veinte años pasando la pena negra y está pa que lo ajoguen con un cabello. De Seronete lo echaron porque iba á matar al

alcalde. Pero, mírelo osté allá lejos, aquel que va en el rucho debe de ser.

D. Crispulo era, en efecto, y á los pocos minutos Pío Cid y su acompañante le alcanzaron. Sujetaron el paso de los mulos para poder cruzar algunas palabras, y como el borrico de D. Crispulo aceleró el andar para no perder aquellos compañeros de camino que la fortuna le deparaba, bien pronto los tres viajeros se hallaron al habla y el tío Rentero rompió el silencio diciendo:

—A la paz e Dios, señón Crispulo; ¿no quié su mercé conocer á los probes?

—Hola, tío Frasco—exclamó D. Crispulo;—¿quién le iba á hacer á usted por estos caminos y á estas horas! Y luego, que está remozado usted, y yo si no le oigo hablar no le conozeo. Ya se ve lo que es buena vida. ¿Qué tal, qué tal? ¿Viene usted ahora de Granada?

—De allí vengo pa acompañar á este señor, que es el hijo de los amos, de los antiguos.

—Celebro mucho conocerle—dijo D. Crispulo inclinando la cabeza.—¿Viene usted quizás á asuntos electorales? Porque estos días, como va á haber elección, se ven por aquí algunas personas de la capital que están interesadas en estos manejos.

—Efectivamente—contestó Pío Cid, devolviendo el saludo.—Vengo con motivo de la elección; però no es la primera vez que ando por estos caminos; toda mi familia era de Aldamar, y yo mismo me he criado allí.....

—Mi amo—interrumpió el tío Rentero—es hijo de D. Francisco, el de *Los Castaños*, que osté conocería.

—Claro que le conocí—contestó D. Crispulo,—y también le traté, aunque él vivía casi siempre en la capital. ¿Es usted quizás—añadió encarándose con Pío Cid,— un hijo que dicen que había desaparecido sin saber cómo?

—El mesmico—contestó el tío Rentero;— como que no tenía otro; pero al fin y á la postre el que es de ley paece, manque se asconda en los centros de la tierra.

—Entonces—continuó D. Crispulo, sin que Pío Cid le contestara á sus preguntas,—usted es el candidato del Gobierno por este distrito. Aquí, en La Rabiola, decían que usted era de los Cides de Aldamar; pero yo, á pesar del apellido García del Cid, no caía en la cuenta de que pudiera ser usted el hijo de D. Juan Francisco. De todos modos le felicito á usted por adelantado, porque su elección dicen que es cosa hecha.

—Ya veremos—dijo Pío Cid sonriendo;— tal vez esté hecha y yo venga á deshacerla.

—Yo le aseguro á usted—dijo D. Crispulo irguiéndose sobre su jumento—que el distrito está ya de Cañaverales hasta la coronilla, y que no á usted, que es hijo del país, sino al primer cunero que le enviaran, lo aceptaría por salir de las garras de esta innoble gentuza que hoy lo explota. Yo no puedo emplear

cierto lenguaje á causa del traje que visto, pero le digo á usted que debía caer durante varios años una lluvia muy espesa de rayos encendidos para limpiar estos terrenos de todo lo malo que aquí vive. Estos pueblos no son pueblos, amigo mío, son nidos de víboras.

—No desageremos—dijo el tío Rentero,— que en la capital también hay de too, y si digo, hay más pillería que por acá.

—¡En la capital!—suspiró D. Crispulo.— Para la capital reservo yo el fuego divino que cayó sobre Sodoma y Gomorra, las ciudades malditas. Y no dejaría que se escapara nadie, ni siquiera Su Ilustrísima el Arzobispo, mi amo y señor—agregó inclinando la cabeza hasta tocar casi las orejas del pollino.

—¡Jesús, María y José!—exclamó el tío Rentero, haciendo aspavientos de susto, mientras Pío Cid se fijaba por primera vez en el lenguaraz sacerdote.

Era D. Crispulo un hombre pequeño y flaco, moreno, los ojos hundidos y las mandíbulas muy salientes. Su rostro llevaba impresa las huellas de largas privaciones; pero no se conocía á primera vista si estas privaciones eran hijas de la miseria ó del ascetismo, porque el aspecto descuidado y más sucio que limpio de toda su persona, estaba velado por cierta dignidad nada vulgar en la mirada y en el gesto. Pío Cid se hizo cargo de aquella extraña figura, y luego dijo en el mismo tono respetuoso, con puntas de malintencionado,

en que el cura había lanzado su condenación:

—Señor D. Crispulo, mala idea debe usted tener de todos sus semejantes, aunque sean arzobispos.

—Mala, no; malísima—contestó el cura—y bien sabe Dios que me duele tenerla, aunque no sea más que por el sagrado ministerio que ejerzo. Pero los años traen consigo los engaños, y yo á veces llego hasta á compadecer á nuestro Divino Redentor por haber tenido la generosidad de derramar su preciosa sangre por esta indigna humanidad, que más bien merecía estar continuamente gobernada por Nerones y Calígulas y otras bestias más feroces aún. Si á mí me dieran el mando absoluto en estas comarcas, le juré á usted que llamaría en mi ayuda á los africanos para que secretamente se introdujeran en el país y pasaran á cuchillo á todos sus habitantes. ¡Ah! Señor Cid, usted viene de lejos y no sabe de la misa la media, y no ve ni verá más que lo que le salte á los ojos; pero yo soy perro viejo para roer estos huesos, y aunque me condene á arder perpetuamente en los profundos infiernos, no transijo con la injusticia. Sin ir más lejos, hoy he leído en el diario de la capital una noticia que le interesa á usted: dice que, en vista del estado aflictivo por que atraviesan los braceros de este distrito, el Sr. D. Romualdo Cañaverál ha dado orden á su administrador para que distribuya abundantes limosnas entre los más necesitados; y luego vie-

ne poniendo por las nubes la conducta noble y caritativa del ilustre hijo de Seronete y expresando el deseo de que en breve se vea confirmada la noticia de su nombramiento como senador vitalicio. Pues bien, ¿sabe usted lo que hay en esto de verdad? Que D. Carlos, el contrincante de usted, está comprando votos á dos y tres pesetas, y que para no descubrir el juego dan ese dinero de Judas bajo la capa de caridad y á son de bombo y platillo, á fin de que sirva, no sólo para elegir al que lo reparte, sino también para dar lustre y charol al bandido de D. Romualdo, uno de esos seres abyectos que la misericordia de Dios tolera que existan para castigo de sus criaturas. ¡Y ver toda esta farándula, toda esta indecencia, prosperar y recibir el aplauso de las gentes, y no poder alzar la voz ni desenmascarar á los criminales! Es decir, yo no me muerdo la lengua, y si mi palabra se oyera en todo el mundo, todo el mundo sabría la verdad; pero no me oye nadie y mi franqueza sólo me ha servido para hundirme más y más.

—Y, sin embargo, usted no escarmienta—dijo Pío Cid.

—Ni escarmentaré nunca—prosiguió Don Crispulo,—porque yo estoy ya condenado sin apelación. Pregunte usted en el palacio arzobispal de Granada quién es el cura de La Rabiola, y le dirán que por lástima no me han recogido ya las licencias; se contentan con dejarme en el peor pueblo de la provincia

para que me muera poco á poco de hambre. ¡Asesinos!

—Me parece, amigo D. Crispulo—replicó Pío Cid,—que usted se ahoga en poca agua. Si yo fuera cura desearía estar en el peor pueblo de España para ver si le podía volver el mejor; y si estuviera mal visto de mis superiores, casi me alegraría, porque así podría realizar una de las obras más difíciles que está en nuestra mano acometer: la de destruir una mala opinión que se tenga de nosotros. En las sociedades gobernadas por la hipocresía y el artificio, es soberanamente tonto ejercer de reformador á gritos, porque todos se tapan las orejas para no oír lo que no les conviene. Hay que ser cautos; en vez de dar golpes contra el aguijón y salir luego hechos una lástima, lo prudente es quebrarlo sin herirse, y si no es posible quebrarlo, dejarlo. Usted podía desempeñar bien su importante ministerio, y por no tener cachaza para tolerar las demasías de los otros, se ve como se ve. Yo creo que el amor á la justicia tiene más virtud cuando se muestra con mansedumbre, y es una verdadera desgracia que usted eche á perder sus buenos deseos por la crudeza de sus palabras. Le hablo á usted con la misma libertad con que usted me ha hablado; y aunque no me disgusten los caracteres fuertes y abiertos como el de usted, mi parecer es que el único medio de trabajar por el bien, es trabajar uno solo, sin decirle nada á nadie. Pues-

to que las predicaciones, amonestaciones y reprimendas no surten ya efecto, hay que callar y obrar, y dejar á los otros hacer lo que mejor les parezca, que si lo que hacen no es bueno, al fin no prosperará. Comprendo que le duela á usted ver que hasta la caridad es ya explotada por los pícaros, pero que éstos se lleven en su pecado su penitencia, que ni usted ni yo somos quién para acusar á nadie.

—Todo eso me parecería admirable—dijo D. Crispulo—si yo tuviera libertad para enviar al demonche á estos tunantes y vivir donde fuera mi gusto; usted dice lo que dice porque lo que pasa, lo oye, no lo ve; pero yo lo veo todos los días y me moriré viéndolo, sin poder hacer nada para remediarlo y hasta teniendo que humillarme á veces para no morir de necesidad. Yo podría hacer algo si fuera rico, pero soy muy pobre y tengo sobre mis espaldas á mi madre y á dos hermanas. ¡Cuánto más me valiera á mí y á ellas haber sido arriero, como mi padre, y no llevar estos hábitos ó estos grillos que llevo arrastrando!

—Lo que me dice usted—interrumpió Pío Cid—me trae á la memoria á un arriero que iba á mi casa, el cual se llamaba el tío Nohales, y era padre de ocho ó diez hijos. A uno que salió muy despejado le dedicó á la carrera eclesiástica, con la idea de que fuese el sostén de la numerosa familia. El joven estudió con extraordinario aprovechamiento, y en cuanto cantó misa obtuvo una coadjutoría, de

la que se esperaba que pasara muy pronto á un buen curato, puesto que los superiores le mostraban gran afecto. Pero hete aquí que de la noche á la mañana desaparece sin dejar dicho nada á nadie, y que al cabo de algún tiempo se averigua que iba camino de Filipinas, enviado allá por el superior de una Orden religiosa, en la que había ingresado el joven según se supo, no sólo por natural inclinación á la vida monástica, sino por huir del siglo, y más que del siglo de la familia que se había sacrificado por darle carrera y posición. Había que oír al tío Nohales contar á todo el mundo su desengaño y clamar contra el hijo desagradecido que tan mal le había recompensado sus afanes. Todos le compadecían y todos le daban la razón; pero vino á mi casa con el cuento, y mi madre se puso de parte del hijo ingrato, y recuerdo aún las palabras que le dijo al arriero, las cuales quizás le vengán á usted que ni pintadas: «Si yo estuviera en el caso de usted, me sentiría orgullosa de tener un hijo como el que usted tiene. Ustedes los pobres dedican sus hijos á la carrera eclesiástica con la idea de que, no pudiendo casarse, les sirvan de apoyo en la vejez, y por lo pronto les ayuden á llevar la carga de la familia; y no piensan ustedes que quien tiene verdadera vocación para el sacerdocio, y no lo acepta como una de tantas carreras, sino para consagrar su vida á sus semejantes, tiene que estar libre de los cuidados de su fami-

lia, porque el atender á su familia les impediría atender á los demás. Por esto no está permitido que los curas se casen; y ustedes, los que desean que un hijo sacerdote pague el bien que le han hecho dándole carrera, con el olvido y abandono de sus deberes, son los principales culpables de que haya tantos eclesiásticos ambiciosos y devorados por el afán de ganar buenas prebendas. Su hijo de usted vale más que todos ustedes juntos, y ha hecho muy bien metiéndose en un convento, pues de no hacerlo, quizás no tuviera corazón para volverles á ustedes las espaldas; y ustedes, sin darse cuenta del mal que hacían, le hubieran obligado á ser un mal cura, más atento á ganar dinero que á cumplir su obligación». Así habló mi madre, que era una señora muy discreta. Yo le repito á usted lo que ella dijo con sobrada razón, según voy viendo. Como los oficios eclesiásticos, fuera de unos cuantos que están bien pagados, no dan ahora más que para comer, la nobleza y la clase media se dedican á otros más productivos ó brillantes, y la Iglesia tiene que estar servida por pobres, que además de su pobreza suelen llevar la reata de su familia, con lo cual el celibato ha venido á quedar sin efecto para muchos como usted, á quien más le hubiera valido ir á evangelizar á los igorotes, que no llevar la vida que lleva por estos andurriales.

—Mire usted—dijo D. Crispulo,—más de

una vez lo he pensado, y entre estos salvajes y los de allá, no sé cuáles serán peores; pero por lo pronto bien podían tener más consideración con el clero bajo, que es el que lleva la carga más pesada, y no tenemos á nosotros á media miel mientras los altos regüeldan de ahitos. En estos pueblos hay mucha miseria, y un cura que no tiene nada que repartir es un soldado sin armas. Pero, en fin, bueno está lo bueno—agregó D. Crispulo, divisando el punto donde el camino se partía en dos y donde él tenía que tomar el de Seronete y separarse de sus compañeros.—Yo me alegraré mucho de que gane usted la elección y de que haga algo por este pobre distrito, tan olvidado de los gobiernos.

—No confío mucho en el resultado—dijo Pío Cid, —y menos desde que sé que el poderoso caballero Don Dinero anda en el ajo.

—Ya que va osté á Seronete—añadió el tío Rentero,—le diré á mi Polonia que estoy por aquí alreor, y que como pueda colaré allá.

—No lo olvidaré—contestó el curá,—y á ver si nos vemos á la vuelta y paran un día en La Rabiola. Yo vuelvo esta misma noche ó mañana.

Y sin más, llegados á la encrucijada, se separaron, después de saludarse como buenos amigos. D. Crispulo desapareció en breve tras un recodo que hacía el camino de Seronete, y Pío Cid y el tío Rentero apretaron el paso ha-

cia Aldamar. El tío Rentero siguió hablando de los dichos y hechos que conocía del célebre D. Crispulo, y Pío Cid callando y dando vueltas en su magín á la famosa receta, que ya iba á medio componer.

Un cuarto de legua antes de llegar á Aldamar, cuando se empieza á descender la empinada cuesta del Aire, hay á mano izquierda una fuentecilla, llamada de los Garbanzos porque sus aguas tienen la virtud de ablandarlos aunque sean duros como balas; así tuvieran también la de ablandar el corazón, que si así fuera se venderían á peso de oro. Los mulos, que venían fatigados y sedientos después de cuatro horas largas de caminar cuesta arriba, en cuanto olfatearon la fuente se fueron derechos al agua, apartándose un poco del camino.

Pío Cid no se dió cuenta de ello hasta que su mulo, con el movimiento que hizo al bajar la cabeza para beber, le sacó de su distracción, faltando muy poco para que le tirara por las orejas. Entonces vió Pío Cid que un poco más arriba de la fuente, en el sitio donde debía nacer el manantial, estaba llenando un cántaro de agua una muchacha pobremente vestida. La estuvo mirando un buen rato y recreándose en las formas admirables de aquella tosea criatura, que parecía puesta allí para que algún escultor la tomase por modelo. Estaba de perfil y se le marcaba, á pesar de su juventud, la fuerte cadera, promesa de

maternidad, y por debajo del brazo, arqueado para sostener la botija, el pecho, mal encubierto por un cuerpecillo de percal medio deshilachado, que dejaba ver lo blanco de la camisa. La cabeza se apoyaba sobre el brazo, y entre el abundoso y enmarañado cabello, castaño muy oscuro, desaparecía casi por completo, dejando ver sólo la nariz, que de perfil parecía muy fina, aunque un poquillo chata. La jovenzuela del cántaro, cuando acabó de llenarlo se lo puso á la cadera y se disponía á marchar, no sin volverse á mirar de reojo á los caminantes; pero Pío Cid la detuvo, preguntándole:

—¿Va usted á Aldamar?

—Sí, señor—contestó la muchacha, mirándole con curiosidad.

—¿Quiere usted que le lleve el cantarillo?—volvió á preguntarle.

—¿Pa qué va su mercé á molestarse?—contestó la muchacha.

—No me molesto, al contrario. Usted es la que se molestará llevando el botijo á cuestras un cuarto de hora. Espérese usted —dijo arreando el mulo hacia el altillo donde estaba la muchacha. Y echándose todo lo atrás que pudo del aparejo, de modo que casi se quedó montado en la culata, cogió en peso á la muchacha con cántaro y todo y la asentó á la mujeriega sobre el mulo, que al sentir la carga echó á andar sin que lo arrearan.

—¡Válgame Dios!—exclamó la muchacha

por no saber qué decir.—Naide diría que es osté tan forzóo.

—Tenga osté cuidiao con el mulo—dijo el tío Rentero,—mire osté que es una perrera en cuantico que le dan dos deos de luz.

—Va bien sujeto—contestó Pío Cid,—no hay cuidado. La verdad es—prosiguió—que es buena ocurrencia la de venir á buscar el agua á un cuarto de legua y con el sol de justicia que ahora hace.

—Qué quíe su mercé, señor—contestó la muchacha;—los agüelos han perdío ya la dentaura, y en guisando con el agua de abajo no puen ronchar los garbancejos.

—Entonces no digo nada—replicó Pío Cid, mirando á su pareja, que sin saber porqué se le apareció ahora como una figura bíblica, quizás porque la muchacha llevaba en el pecho, entre el pañolillo de colores con que se lo mal cubría, unas matas de mastranzo, cuyo perfume sano y fuerte embriagaba y despertaba el recuerdo de los tiempos felices en que las mujeres, aun las más puras y delicadas, crecían como las flores campestres. Y luego, fijándose en algo brillante que se movía en las hojas del mastranzo, preguntó:

—Lleva usted una marranica de luz. ¿La ha cogido usted, ó está ahí por casualidad?

—Estaba en la mata—contestó la muchacha, ajustándose más el pañolillo con la mano que le quedaba libre.

—Usted me mira como á un forastero—dijo

Pío Cid,—y sin embargo, yo soy su paisano.
—¿Osté de Aldamar?—preguntó la muchacha.

—Ya verás cómo te doy señas—dijo Pío Cid.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Rosario, Rosarico—contestó ella.

—¿Y tus padres?—volvió á preguntarle.

—Mi padre—contestó Rosarico—se llama Juan Antonio Peña; pero le dicen el tío Rogerio.

—Pero ¿es posible—saltó el tío Rentero, que deseaba meter su cucharón—que eres tú hija de la Roqueta? Tu mae y yo semos del mesmo pueblo y algo de la familia. ¿No la has oío tú mentar al tío Frasco Rentero?

—Vaya que sí—contestó Rosarico riendo;—y tamién sé que fué osté su novio.....

—Justico—interrumpió el tío Rentero, perneando sobre su mulo para ponerle al lado del de Pío Cid;—y en güena ley tú debías haber sío mi hija si yo me hubiera casao con tu madre, que sin agraviarte á ti era una moce-tona mu requería de too el mundo y con más fama en su tiempo que Barceló por la mar. Y ¿cuántos hermanos seis?

—Semos ocho vivos—contestó Rosarico,—y yo soy el rejú de la casa. Ya ve osté que mi Frasco Juan, que fué el primero, tiene una hija mayor que yo dos ú tres años.

—Vaya con Rosarico—dijo el tío Rentero,—y cuánto me he alegrao de verte. Si yo hubie-

ra sabío que estábais aquí cuando vine el año pasao..... Yo sus creía en Salaureña.

—Aquello se acabó—dijo Rosarico,—y hemos pasao las de Caín. El probetico de mi pae ya no pué dar golpe.

—Y ¿qué jacéis ahora?—preguntó el tío Rentero.

—Tenemos una tierrecilla—contestó Rosarico,—y mis hermanos ayúan algo. Mi Francolín es el marranero del pueblo, y el Pepillo está muy apegao á la iglesia, y algo trae tamién. Pero á este señor lo habemos dejao con la palabra cortá—añadió Rosarico.

—Eso no importa—dijo Pío Cid, muy pensativo.—Sigan hablando sin reparar en mí, que yo lo único que podría decir es que cono-cí tamién á los Rogerios y todos eran muy hombres de bien. Dile á tu padre si se acuerda de una vez que fué á la sierra y subió al Mulhacén acompañando al señorito Pío, como él me llamaba.

—¿Pues no se ha de acordar?—contestó Rosarico, mirándole con admiración;—en cuantico que sepan su venía y le vean á osté se van á jartar de llorar. ¡Válgame Dios! ¿Conque es osté el niño de *Los Castaños*? Algo más nos relucía el pellejo cuando eran ostés los amos de la cortijá; mi padre cuenta y no acaba de ostés toos.

—Pus ahora veremos lo que jace el pueblo y si es agradecío—dijo el tío Rentero,—porque el amo viene pa eso de la elección, y

ahí se ha de ver si semos moros ú cristianos.

—Ve osté—dijo Rosarico, afinando la pronunciación para parecer más cortés,—por esa senda se acorta pa ir á mi casa y á la de osté, con premiso de mis padres. Si quiere osté, me bajaré aquí.

—Entonces, ¿vivís en el barrio alto?—preguntó Pío Cid.—Si es así, más vale que sigamos hasta el pueblo y que subas por la vereda del barranco.

—Es que en el pueblo son mu jablaores.....—dijo Rosarico, sin atreverse á expresar su idea por completo.

—Vaya, que tienes miedo á que se lo digan á tu novio—dijo Pío Cid en tono de broma.

—No tengo novio—replicó Rosarico.

—Le habrás tenido—insistió Pío Cid.

—Ahí me habló un estornillao, pero yo no quiero noviajos—contestó Rosarico con cierto aire de despecho.

—Pues si el noviazgo se arregla y se habla de casorio, no lo dejes por falta de padrino.

Yo me ofrezco á serlo, y ojalá que sea pronto—dijo Pío Cid ayudando á Rosarico á bajar del mulo, y dándole luego el cántaro.—Dales recuerdos míos á tus padres y ya haré por verles.

—Igualmente—añadió el tío Rentero; mientras Rosarico, ligera como una cabra, subía por el empinado sendero que conducía al barrio alto, y desaparecía á poco detrás de unas higueras.

Se apeó de su mulo el tío Rentero y lo ató del ronزال á la anilla de la baticola del otro mulo, diciendo á Pío Cid:

—Deme osté las brías jasta pasar la barranquera.

Pero Pío Cid se apeó también, dejando al tío Rentero que llevara los dos mulos y echó á andar delante por el endiablado camino que anunciaba la entrada del pueblo.

Aunque la digresión parezca inútil, diré que en Aldamar, como en muchos pueblos de nuestra provincia, se nota la influencia de la capital en que, así como Granada está cruzada por dos ríos, no muy caudalosos, y secos á temporadas, sus pueblos se asientan, por regla general, á las orillas de algún barranco que, aunque no lleve agua, da la ilusión de que es un río que se ha quedado en seco por un descuido de la Providencia. Sin contar con que un barranco, aunque no traiga aguas, puede traerlas en tiempo de lluvias y sirve para dividir los pueblos en barrios enemigos que, luchando por el predominio local, suelen trabajar sin quererlo por engrandecer, ó cuando menos agrandar, la ciudad naciente. Yo le oí decir alguna vez á Pío Cid que si Aldamar era el pueblo más grande de su distrito, esto se debía á la circunstancia feliz de estar cruzado, no por uno, sino por dos barrancos; el más pequeño arranca del camino que viene de La Rabiola, y el mayor corre de Norte á Sur, quedando el pueblo dividido en

cuatro cascos desiguales. Los dos más crecidos se llaman Aldamar Alto y Bajo, y sostienen la principal rivalidad; luego viene el neutral ó intermedio, llamado barrio de la Iglesia, y, por último, á espaldas de éste, y algo distanciado, el del Colmenar, llamado así por ser fama que en él vivían varios colmeneros, bien que á la sazón esta industria, antes floreciente, haya desaparecido y no quede ni una abeja en varias leguas á la redonda. Con la cría del gusano de seda ocurre lo mismo, y la vinicultura también va de capa caída á causa de la filoxera. La única planta que se sostiene y aun próspera, es el castaño. Aldamar vivía, pues, penosamente de la exportación de castaña, y se consolaba de su decadencia con recuerdos, esperanzas é ilusiones.

Cuando Pío Cid llegó al barranco grande, que en tiempo de sequía era como la calle Mayor ó Real del pueblo, la primera persona á quien encontró al paso fué una pobre mujer que de rodillas lavaba en una poza formada por un hilillo de agua que no se cortaba nunca, porque era de un manantial que nacía un poco más arriba. Al lado de la lavandera había una canasta de ropa sucia, de la que salían gritos desesperados. Pío Cid se acercó por movimiento natural á ver dónde estaba la criatura que tan desconsoladamente chillaba, y descubrió entre los trapos sucios á un niño de teta mordisqueándose los puños; lo sacó de la canasta y se lo puso boca abajo sobre la

palma de la mano, y el chiquillo calló al instante.

—No jaga su mercé caso de esta criatura—dijo la lavandera.—Es la más eshonrrible del mundo. Como no tenga el pezón en la boca, siempre está dando barracás. Démelo osté á ver si se acalla con una tética.

—Yo creo—contestó Pío Cid—que este niño está malo del vientrecillo. Debe estar un poco constipado.

—Quizás será que está mu sucio—replicó la lavandera, sentándose en un peñón que allí cerca estaba, y extendiendo los brazos para recibir á la criatura.—Ven acá, tragón. ¿Ve osté lo que yo le icía?—añadió la madre.

Y diciendo esto se había colocado en la falda al mamoncillo, que comenzó de nuevo á llorar, y le había abierto el pañal de muletón, hecho de retazos, para sacarle el metedor, lleno de verdines.

—Lo que es cierto es lo que yo le decía—replicó Pío Cid.—Ese niño está malo.

—Y ¿qué es lo que debo de jacer?—preguntó la madre.

—Póngale usted en el vientre un pedazo de bayeta pajiza y fájelo bien; y no estaría de más que le pusiera también una chapita en el ombligo, que se le sale demasiado. No sé cómo se les cuajan á ustedes las criaturas con el abandono en que las tienen.

—Es que tengo que trabajar too el santo día de Dios—dijo la pobre mujer sacando un pe-

cho y dándosele al niño para que callara—y no me quea tiempo pa ná. Ya ve su mercé, son cuatro los que tengo, y naide que me dé ni una sé de agua.

—¿Es usted viuda?—le preguntó Pío Cid.

—No, señor—contestó la mujer;—pero tengo el marío en presillo. No por na que eshonre, ¿sabe su mercé? Fué un mal voluntó que le dió. La culpa la tienen los malos hombres que Dios permite que haiga en el mundo—agregó en voz más baja, mirando á todos lados, como si temiera que la oyesen.

—Y ¿cuántos años le faltan todavía?—volvió á preguntar Pío Cid.

—Tres años, señor, tres añazos—respondió la mujer.—Ya ve su mercé la injusticia. Sin haber robao ni matao le sacaron cuatro años y nueve meses, sin contar lo que había estao en la cárcel. De aquí en tres años cumple pa San José.

—¿Qué fué lo que hizo, entonces?—preguntó Pío Cid de nuevo.

—Dicen que quería matar al alcalde. Una caluña que le levantaron—contestó la mujer.

Y luego, para evitar que Pío Cid formara alguna mala idea viendo á aquel rorro, cuyo padre estaba preso hacía más de dos años, añadió:

—¡Más veces he maldecío yo este pueblo! Pero aquí he tenío que venir á la fuerza. Mi marío está en el penal de Belén, y yo he estao jasta hace poco en Graná; pero es lo que pasa...

Ya está osté viendo esta criatura. Y lo que yo le ioía á mi marío. ¿Á ónde vamos á ir á parar?.....

—Pero ¿cómo es posible—insistió Pío Cid—que por una simple calumnia hayan condenado á su marío á cinco ó seis años de prisión?

—Pues ahí verá osté—replicó la mujer;—toítico el pueblo eclará contra mi marío. Lo que fué, fué que mi marío le pegó al alcalde; eso sí, señor; pero que sacara una jerramienta, vamos..... Si mi marío no gastó enjamás ni un clavete.

—Y ¿porqué fué la cuestión?—preguntó Pío Cid.—Sería quizás por política.....

—¡Qué! No, señor—respondió la mujer, mirando de nuevo á todos lados;—fué por culpa mía, y yo tan inocente. Sepa osté que el alcalde pasao era un esmandao, que ésta veo, ésta eseo, y ni mocica ni casá se vía libre con el maldecío del hombre. Yo, aunque paezgo un vejatorio—añadió bajando los ojos con modestia,—y eso que no he llegao entoavía á los treinta, he tenío mi algo de güen ver, y las mujeres de los probes debíamos de ser más feas que pantasma. Mi marío era un rial mazo, eso sí—dijo la mujer con orgullo;—pero más probe que las ánimas benditas, y yo me casé con él enamorá, y no le faltaría por na del mundo. Pero mi hombre tiene su sangre en el cuerpo y su alma en su almarío, y quería que su mujer fuera respetá como la primera.

—Y ¿sigue el alcalde ese en el pueblo?—le preguntó Pío Cid.

--Sí, señor—contestó la mujer.—Ya no es alcalde, pero es juez municipal, y toos son unos.

—Bien—dijo Pío Cid;—me gusta ver que es usted una mujer honrada y trabajadora, y que sobrelleva su desgracia con resignación. Tome usted esto para que salga de apuros, que, sola y con cuatro retoños, no le faltarán.

Y le alargó un billetillo rojo, que la mujer miraba sin atreverse á tomarlo.

—Si tuviera osté monea suelta.....—le dijo.

—Aquí no toman esos papeles, porque dicen que casi toos son falsos.

—Voy á ver—dijo Pío Cid, echándose mano al bolsillo del chaleco y sacando todo el dinero suelto que llevaba.—Uno, dos, tres....., no llega ni á cuatro duros; á ver si viene el hombre que trae los mulos y tiene para completar..... Es extraño que no venga el tío Rentero—añadió por lo bajo.

—Pero ¿cuánto me va osté á dar, güen señor?—preguntó la mujer.

—Voy á cambiarle el billete, que es de cinco duros—contestó Pío Cid.

—Eso es mucho pa mí—replicó la mujer.—Si osté se empeña, lo tomaré. Yo, con cuarenta reales tengo pa pagar el atraso de la casa, y lo otro se lo mandaré á mi marío pa que tenga pa comprar pitillos. Eso es lo que él echa más de menos.

—Pues si usted quiere—dijo Pío Cid,—yo voy á Granada muy pronto, y yo mismo puedo entregarle los tres duros. Tome usted los dos y dígame el nombre de su marido.

—En preguntando por José Gutiérrez, no hay perdía. Pero ¿va osté mismo á ir al presillo?—observó la mujer.—Osté es más güeno que el pan.

—Eso no significa nada, ni hay que darle importancia—replicó Pío Cid marchándose.—Paciencia y buen ánimo es lo que le deseo á usted, y que no deje de ponerle al niño el pedazo de bayeta.

—Vaya su mercé con Dios y con la Virgen de los Desamparaos, y si pa algo me necesita, no tié más que preguntar en el barrio alto por Josefa la güérfana, y too el mundo le dirá dónde vivo.

Volvió Pío Cid pies atrás, y, no muy lejos, halló parados al tío Rentero y al secretario del Ayuntamiento, á quien saludó, aunque no le conocía más que de vista.

—Perdone osté, D. Pío—dijo el tío Rentero;—como pensaba osté ir á casa del cura lo primero, me figuré que estaba osté allá.

—Pero ¿va usted á alojarse en casa del cura, como la otra vez?—preguntó el secretario.

—No, porque como ahora traigo cierto carácter político, no quiero comprometer al bueno de D. Esteban, que no está ni por los blancos ni por los negros.

—No crea usted, no crea usted—dijo el se-

cretario,—que si él pudiera ya resollaría fuerte; pero en fin....., comprendo la delicadeza de usted....., y como quiera que aquí no hay sitio para que usted se hospede como es debido, yo no puedo hacer más, eso estaba diciendo al tío Frasco, que ofrecerle á usted mi casa como amigo, paisano y correligionario.

—Pero ¿no habrá por ahí un escondrijo donde yo me meta sin incomodar á usted?—preguntó Pío Cid.

—No hay incomodidad; al contrario, honor y satisfacción —respondió el secretario con afectación natural en él.—En materia de hospedaje hay que confesar, aunque sea triste confesarlo, que vamos para atrás como los cangrejos.

—Entonces—dijo Pío Cid—no quiero hacerme rogar y acepto agradecido. Después de todo será muy breve mi estancia, pues el domingo después de la elección, ó el lunes á más tardar, me marcharé.

—Vamos, pues, si usted quiere, á casa—dijo el secretario,—y después de almorzar le acompañaré para dar una vuelta por el pueblo y empezar á trabajar la partida, aunque tiene usted ya admirablemente preparado el terreno, según tendrá ocasión de ver.

—Mi primera visita ha de ser para el señor cura, con el que estoy en deuda—dijo Pío Cid;—después iremos adonde usted guste.

Fueron, pues, los dos viajeros á casa del secretario, que se llamaba Ramón Barajas y

era un farsante de marca mayor. Toda su gloria la cifraba Barajas en conservar su puesto de secretario con todos los partidos que iban pasando por el Ayuntamiento, ó, como él decía, por el poder; y para conseguir su empeño gastaba tal suma de habilidad política y diplomática, que merecía con justicia que se le considerase como á un verdadero hombre de Estado, bien que sus talentos de estadista los aplicara exclusivamente á mantenerse en la secretaría y á embrollar cada día más los negocios.

Antes de almorzar fué Pío Cid á visitar á D. Esteban, el párroco del pueblo. Barajas, que por dirigirle en todo quería darle hasta reglas de etiqueta, le aconsejó que fuera antes á casa del alcalde; pero él no hizo caso de la advertencia, á la que sólo contestó diciendo que tenía una deuda de gratitud con el cura, mientras que á Don Federo, el alcalde, ni siquiera le conocía. Halló al buen párroco sentado de media anqueta en un viejo sillón de cuero, leyendo en un libro antiguo de mucho volumen, abierto sobre una mesa grande, de las de barandillas. Le saludó afectuosamente, diciéndole que no se levantara, y, al acercarse á la mesa, vió que el infolio era la Biblia y que estaba abierta por el libro de Job.

—¿Qué es eso—le preguntó amistosamente,—está usted inspirándose en la vida de este pacientísimo varón para poder sobrellevar los disgustos que le dan estas gentes?

—Ya ni la paciencia de Job basta—contestó el cura,—y los tengo abandonados porque no hay medio de hacer carrera con ellos por ningún lado que se tire. Pero ¿cuándo ha llegado usted? Yo le esperaba desde hace unos días.

—Acabo de llegar ahora mismo—respondió Pío Cid.—El secretario, con quien tropecé en el camino, me ha ofrecido alojamiento, y yo lo he aceptado por no mezclar á usted en mis asuntos, aunque, si no fuera por ellos, hubiera preferido venir á esta casa.

—Ha pensado usted muy cuerdamente—dijo el cura,—porque yo estoy cada día más apartado de las discordias de este desventurado pueblo, que si no terminan, darán al traste con lo poco que queda en pie.

—Pues vea usted lo que son las cosas—replicó Pío Cid riendo;—yo creía que esto iba mejorando por cierto detalle que he notado ahora mismo, y que me ha parecido de buen augurio. He visto al pasar que en la barbería estaban afeitando á la vez dos barberos, y he visto con sorpresa que son los mismos de mi tiempo: el tío Zambomba y el compadre Elías, tales como yo los dejé, como si no hubieran pasado los años por ellos. Sólo que, en mi época, cuando trabajaba el uno tenía que cerrar el otro, y ahora están los dos en el mismo establecimiento, y hasta han puesto colgada á la puerta una bacía que me ha hecho pensar en el famoso yelmo de Mambrino. «Este

no es mi Aldamar, pensé; por aquí han soplado vientos de tolerancia, cuando estos dos barberos rivales se avienen á afeitarse á la vez».

—Á desollar al prójimo, debía usted decir—replicó el cura, riendo también.—Porque ahora, como antes, separados y juntos, lo hacen pésimamente. Mire usted lo que yo he tenido que hacer—añadió, sacando de un cajón de la mesa un rollo de cuero; y desliándolo, mostró á Pío Cid tres navajas de afeitarse.—Esto he tenido que hacer para que no me martiricen más estos gañanes; hoy, á Dios gracias, me afeitado solo. Únicamente llamo al tío Zambomba para que me repase la corona, y esto durará poco, porque, como ve usted, no me quedan más que cuatro pelos.

—De suerte—dijo Pío Cid,—que estamos como estábamos, ó peor.

—Le diré á usted—respondió el cura:—este alcalde de ahora no es bueno, pero es un santo comparado con el que salió. Aquél era una hechura del período revolucionario, y pudiera decirse que del mismo Satán. En su época se infiltró aquí el virus racionalista, traído en hora menguada por la prensa anticristiana, y de entonces viene el desbarajuste que en todo se nota. ¡Ah!—exclamó el cura, entusiasmado con su perorata.—Usted no sabe en qué abismo nos hallamos hundidos. ¡Ya no hay fe, ni siquiera decoro! ¿Cómo ha de haberlos, si toda esta generación está amantada con lecturas impías ú obscenas?